

# DAMAS Y DILETANTES

Vedadas e ignoradas durante décadas, las 'flâneuses' no solo han existido siempre, sino que han perfeccionado el concepto de paseante transformando el gesto estético en acción política. La igualdad no llega, se conquista.

Por Andrés Rubín de Celis



'Mujer de  
blanco  
leyendo de  
paseo' (1901),  
de Emilie  
Caroline  
Mundt.



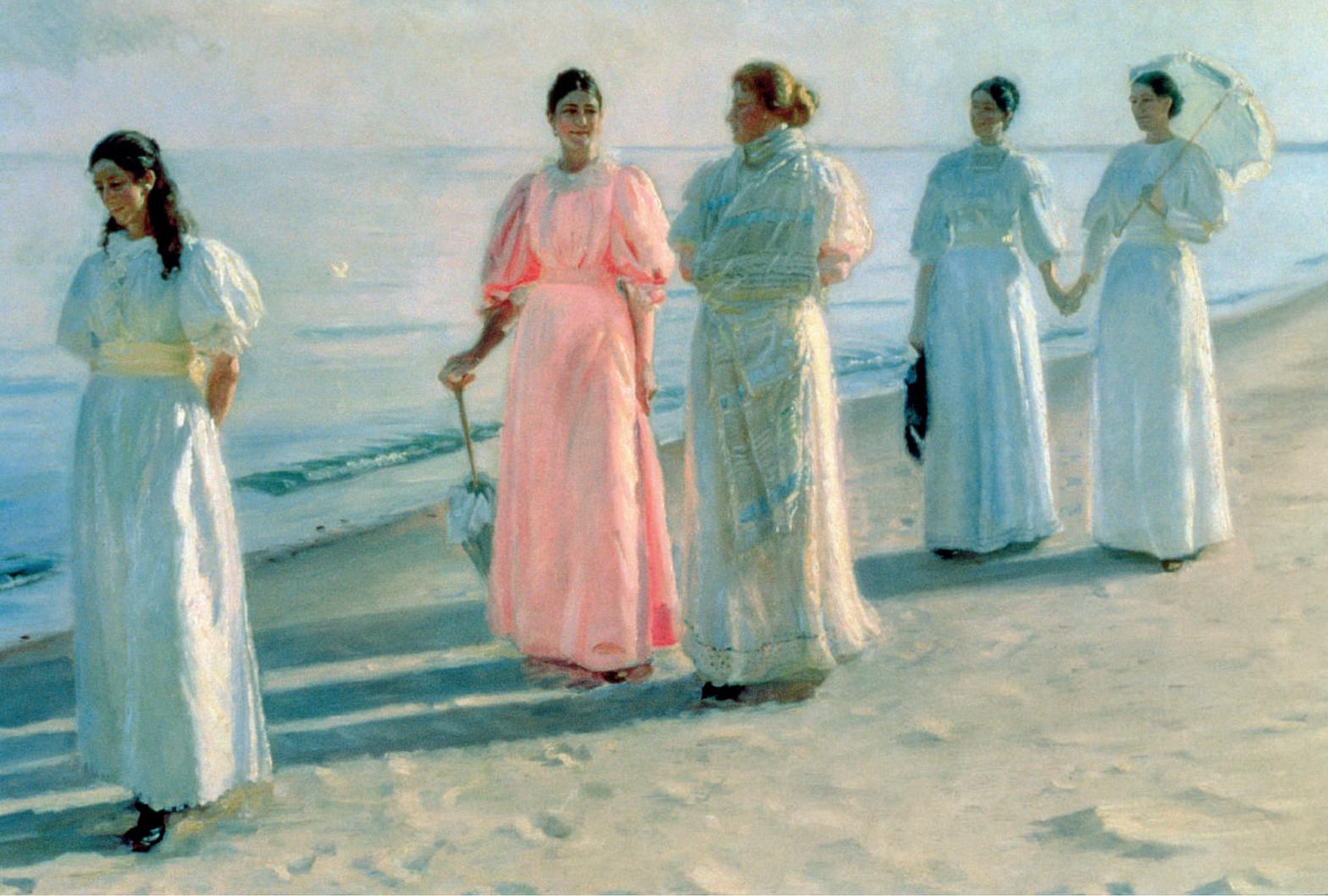


La figura del *flâneur* —el paseante urbano— nació en el París decimonónico. Su hábitat natural eran los bulevares y las galerías comerciales de la ciudad. “La multitud es su dominio, como el aire es el del pájaro, como el agua el del pez”, escribió Baudelaire, su principal cantor. Y, de él, Walter Benjamin nos dice que “puede afirmarse que retorna el ocio escogido por Sócrates en el mercado ateniense como interlocutor. Solo que ahora no hay ya ningún Sócrates, nadie que le dirija la palabra”. El retrato de Louis Huart, en 1841, cierra la definición canónica: “Buenas piernas, buenos oídos y buenos ojos (...). Estas son las principales ventajas físicas que necesita un hombre francés para merecer entrar en el club de *flâneurs*”, machos elegantes que pasean y observan, pero desde la distancia, sin involucrarse jamás. Y que también se dejan ver. La fórmula podría ser: ciudad, hedonismo y ligereza.

En cambio, ni rastro de su versión femenina, la *flâneuse*. Nadie habla de ella. ¿Por qué? En primer lugar, porque las mujeres no tenían entonces la libertad física ni moral de los hombres

para acceder a los espacios públicos, pero, sobre todo, porque se veían reducidas a meros objetos de la mirada de los caballeros andantes. Entonces una mujer en la calle no podía ser sino una prostituta. Pero, ¿existen las *flâneuses* o no? Claro que sí, mujeres que no solo contemplan, sino que interactúan. Su presencia en un espacio que tradicionalmente no les pertenece —el suyo es el doméstico— supone un desafío; el *flâneur* mira, mientras la *flâneuse* perturba y subvierte. Hoy, y desde el urbanismo feminista, podemos preguntarnos también si dichos espacios públicos han sido diseñados alguna vez pensando en las mujeres.

Hace un par de años, la académica Laure Elkin planteaba en *Flâneuse* (Malpaso) una nueva mirada al fenómeno, reivindicando el derecho de las mujeres a ganar las calles “para provocar un cambio”. Y es que, marcando distancias con los paseantes, ellas se detienen en los detalles y amplían la mirada; Virginia Woolf, como casi siempre, expresó muy acertadamente la diferencia en una carta a una amiga: “Deambular, contemplar, olfatear... Hay un modo de caminar que busca descubrir más que llegar a un sitio”. El paseante, observador y observado, es un recipiente tan >



'Paseo por la playa' (1896), de Michael Peter Ancher. Debajo, 'Marché de Shanga, la jupe verte' (2000), de Miquel Barceló. En la página de la izquierda, 'La tía Luisa' (1901), de Ignacio Zuloaga.





'Modista en los Campos Elíseos' (1902), de Jean Béraud, y 'Nubes de verano' (1917), de Charles Courtney Curran. En la otra página, fotografía de los hermanos Seeberger, 'Alpinistas en el glacier Mer de Glace, macizo del Mont Blanc' (1901-1925).

seductor como vacío, mientras que las caminantes luchan aún por ser vistas y reconocidas. Y eso que hoy las ciudades sí que les pertenecen, pese a que andar por ellas siga desvelándonos los desajustes que existen en sus calles y reflejan la persistente desigualdad: desde los nombres de las mismas —que ponen de manifiesto la hasta ahora poca visibilidad pública de las mujeres; la última estimación en Madrid contabilizaba menos de un 10% de vías con denominación femenina— hasta el ancho de las aceras (que impide, por ejemplo, transitar con un carrito de bebé), pasando por el par iluminación-seguridad. Las ciudades no se han organizado en torno a principios como la libertad y la igualdad, sino respondiendo a las necesidades (y voluntades) de un individuo hegemónico: varón blanco, joven, heterosexual y con alta capacidad adquisitiva.

Ahora, la propia Virginia Woolf, Charlotte Brönte, Jane Austen, George Sand, Simone de Beauvoir y otras muchas recogidas en el recién aparecido *Mujeres que pisan fuerte* (Maeva), de Karin Sagner, desafiaron esa exclusión. También las hay que no aparecen en él, como Susan Sontag, Joan Didion, Sophie Calle, Martha Gellhorn o Agnès Varda, por citar unas pocas. Y es increíble ver cómo sus vivencias y obras se interconectan en un caminar que no es tanto hollar —en el sentido de poseer— como descubrir. En su prólogo, Marta Sanz escribe en voz alta:

“Caminar es avanzar hacia adelante. Con el paso firme de quien decididamente tiene un objetivo que cumplir. (...) Hay mujeres ejemplares que han caminado así a lo largo de la Historia con una velocidad casi deportiva y claridad de ideas. Como si llevaran una antorcha en el puño. Con eficacia, rigor, demostrando una contundencia que desdice un estereotipado concepto de lo femenino”. Algo que la gran Rebecca Solnit define como acción política, como un acto de transgresión que ocupa el espacio público. Y desde esa concepción es desde donde debe entenderse y reivindicarse la experiencia urbana de las mujeres empoderadas, que invita, tomando las ciudades, a ocupar su lugar de igual a igual.

“Ciudad” es un sustantivo femenino, no debemos olvidarlo. Como tampoco debemos olvidar nunca que el derecho a pasear y abandonarse al paseo sin miedo, sin sentirse observadas y juzgadas, disfrutando de la libertad o la sororidad por unas calles con nombres de mujeres hoy gobernadas por mujeres, es una consecución puramente femenina. ❀

*Qué importante fue para quien ya de niño era exdeportista encontrarse con aquel pensamiento de Chatwin que afirma que no existe la dicha inmóvil. Estas líneas se escribieron de un tirón tras cuatro kilómetros y medio de inspiradora caminata.*